

DEJARNOS CAMBIAR POR EL ESPÍRITU DE JESÚS

19 de Enero de 2014

Lectura del evangelio según JUAN 1,29-34

Al día siguiente, vio a Jesús que llegaba hacia él, y dijo:

-Mirad el Cordero de Dios, el que va a quitar el pecado del mundo. Éste es de quien yo dije: «Detrás de mí llega un varón que estaba ya presente antes que yo, porque existía primero que yo». Tampoco yo sabía quién era, pero si yo he venido a bautizar con agua, es para que se manifieste a Israel.

Y Juan dio este testimonio:

-He contemplado al Espíritu bajar como paloma desde el cielo y quedarse sobre él. Tampoco yo sabía quién era; fue el que me mando bautizar con agua quién me dijo: «Aquel sobre quien veas que el Espíritu baja y se queda, ése es el que va de bautizar con Espíritu Santo».

Pues yo en persona lo he visto, y dejo testimonio de que éste es el Hijo de Dios.

Los evangelistas se esfuerzan por diferenciar bien el bautismo de Jesús del bautismo de Juan. No hay que confundirlos. El bautismo de Jesús no consiste en sumergir a sus seguidores en las aguas de un río. Jesús sumerge a los suyos en el Espíritu Santo. El evangelio de Juan lo dice de manera clara. Jesús posee la plenitud del Espíritu de Dios, y por eso puede comunicar a los suyos esa plenitud. La gran novedad de Jesús consiste en que Jesús es «el Hijo de Dios» que puede «bautizar con Espíritu Santo».

Este bautismo de Jesús no es un baño externo, parecido al que algunos han podido conocer tal vez en las aguas del Jordán. Es un «baño interior». La metáfora sugiere que Jesús comunica su Espíritu para penetrar, empapar y transformar el

corazón de la persona.

Este Espíritu Santo es considerado por los evangelistas como «Espíritu de vida». Por eso, dejarnos bautizar por Jesús significa acoger su Espíritu como fuente de vida nueva. Nos puede llevar a un nuevo nivel de existencia cristiana, a una nueva etapa de cristianismo más fiel a Jesús.



El Espíritu de Jesús es «Espíritu de verdad». Dejarnos bautizar por él es poner verdad en nuestro cristianismo. No dejarnos engañar por falsas seguridades. Abandonar caminos que nos desvían del evangelio.

El Espíritu de Jesús es «Espíritu de amor», capaz de liberarnos de la cobardía y del egoísmo de vivir pensando solo en nuestros intereses y nuestro bienestar. Dejarnos bautizar por él es abrirnos al amor solidario, gratuito y compasivo.

El Espíritu de Jesús es «Espíritu de renovación». Dejarnos bautizar por él es dejarnos atraer por su novedad creadora. Él puede despertar lo mejor que hay en el ser humano y darle un «corazón nuevo», con mayor capacidad de ser fiel al evangelio

El término pecado es, ciertamente, una expresión religiosa, pero la realidad que denuncia es incalificable para todos, creyentes o no, porque es la triste situación de millones de seres humanos. Es terrible comprobar que cada día mueren de hambre más de diez mil niños. Y más terrible todavía enterarse de que cada día se gastan cuatro mil millones de dólares en armas para matar en vez de en medios para vivir. Resultan insoportables las escenas de miseria en muchas partes del mundo, pero más insoportable deberían resultarnos, con el pretexto del bienestar, las escenas de lujo y derroche tan frecuentes en nuestro mundo. Por eso hay que cambiar, y erradicar la pobreza, el gran pecado del mundo, del nuestro, el de todos.

No basta con arrepentirse del mal que se ha causado, sino también del bien que se ha dejado de hacer.

(Joseph Sanial-Dubay)

La indiferencia ante lo que les pasa a los demás —a los de otra familia, a los de otro pueblo, a los de otra nación, a los de otro continente, es decir, a los otros— está erosionando la convivencia, y está cuestionando nuestra condición de seres humanos. ¿De verdad creemos que todos somos seres humanos? ¿De verdad que todos somos iguales? ¿De verdad proclamamos que «todos los seres humanos nacen libre e iguales y que, dotados como están de razón y conciencia, deben comportarse fraternalmente», como reza el artículo primero de los Derechos Humanos? Y es que no basta con reconocer que somos humanos; tenemos que ser, vivir, practicar, o sea, ser solidarios y sentirnos y vivir como hermanos.

Con Francisco se ha acabado el intelectualismo evangélico y ha llegado el profetismo como modo de ser creyentes en medio de un mundo en quiebra que avanza hacia su clausura. Pero, la propuesta de Francisco, nacida del corazón del Evangelio, se vive como una apuesta por una fe comprometida que sabe que Dios está presente en cada momento de nuestra existencia. Esa alegría nos lleva a que el compromiso no nos agríe el carácter, sino que nos permita vivir aquí y ahora la alegría de los hijos de Dios, hermanos en Cristo y fieles a la esperanza que nos redime.



PISTAS PARA LA REFLEXIÓN

- ¿Cuándo y cómo se produjo nuestro encuentro personal con Jesús y con su proyecto, el Reino de Dios?
- Si somos cristianos practicantes, ¿qué es lo que de verdad practicamos?